

## Crónica de un viajero en Cangas de 1910

---

Por

Serafín Lemos Miranda

Walter Wood fue un viajero inglés, buen conocedor de Galicia, que publicó en 1910 una guía sobre estas tierras, con curiosas observaciones y experiencias que le impactaron en sus viajes, para la mentalidad dominante en la cultura anglosajona. Su libro lleva por título "A corner of Spain" ("Un rincón de España") y fue publicado en Londres por Eveleigh Nash (Fawside House). En este libro (que está ilustrado con diversas acuarelas en color, dibujos con plumilla y fotografías de sus excursiones, sobre todo por la Galicia costera), dedica un capítulo a la ría de Vigo y a sus colinas, en donde describe los recursos naturales, el lazareto de San Simón, la leyenda de los galeones de Rande, la emigración, etc., y presenta a Vigo como la puerta de entrada natural a Galicia, a donde llegó en varias ocasiones por vía marítima; seguramente la única forma regular de aproximarse a una región tan mal comunicada. Así, por ejemplo, describe en otro capítulo un viaje de Vigo a Orense en tren, que en aquella época tardaba cinco horas (y otras tantas para volver). A pesar de todo, y tal vez por ser un enamorado de Galicia, ofrece una perspectiva optimista sobre sus recursos y posibilidades futuras de desarrollo, que la historia no corroboró a la postre. Curiosamente, un grupo de entusiastas ingleses fundaron por aquella época una asociación de amigos de Galicia en Londres, cuyo presidente, Martin Hume, prologa este libro expresando puntos de vista igualmente optimistas sobre el futuro de nuestra tierra.

En las páginas que Walter Wood dedica a la ría de Vigo describe lugares, personajes, así como la actividad cultural y económica de la ciudad.

Dedica también breves páginas a narrar su paso por Cangas una mañana de noviembre, con algunas fotografías que acompañan a este comentario. Su punto de vista descubre algunas de las características de nuestro pueblo, en alguna medida todavía presentes un siglo después. Esta es la traducción de lo que refiere haber visto en Cangas y el objeto de este comentario:

Del otro lado de la ría de Vigo, y como una línea blanca al pie de las colinas, peladas y sombrías en la cima pero frondosas y verdes en sus zonas bajas, descansa el pequeño pueblo marinero de Cangas. Un pequeño barco de vapor que hace el trayecto regularmente entre ambas poblaciones cruza un mar azul en media hora, y al poner pie en tierra en el rudimentario muelle puede apreciarse que Vigo ya no es el de varias generaciones atrás.

No existe un plan de ordenación en Cangas: las casas están colocadas en donde mejor cuadran y las calles van sorteando las casas. Las lámparas de aceite iluminan las desordenadas vías públicas, aunque dentro de las pintorescas casitas hay luz eléctrica.

Cangas tiene su antigua iglesia, cuyas dimensiones no guardan proporción alguna con el tamaño del pueblo, según el modo de pensar inglés, así como lugares más pequeños de culto, uno en la ribera, construido en 1711.

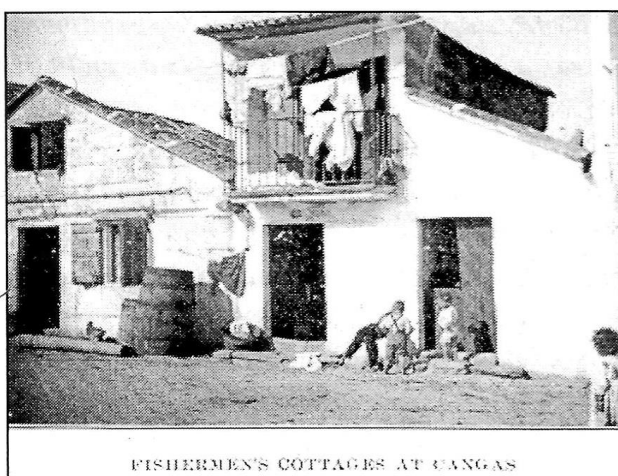
La iglesia, que está dedicada a Santiago, en su interior es oscura y sombría. La visité en la mañana siguiente al día de Difuntos y vi en medio del suelo una alta estructura cubierta con tela negra y ornamentada en las cuatro esquinas con calaveras y huesos blancos. Emergiendo en la penumbra, al entrar en la iglesia desde el sol radiante, evocaba un recuerdo espantoso de una sepultura. El aire estaba cargado de un olor a incienso, y los campesinos estaban arrodillados y rezando. Un anciano se estaba enjugando las lágrimas y miraba para algún objeto en la semi-penumbra que no pude distinguir con claridad. Me acerqué y vi que unas andas, cubiertas con una tela negra, con una calavera y dos huesos blancos cruzados, estaban posadas en el suelo. Sobre las andas había un ataúd negro abierto, y en la cabecera de la tosca y rectangular caja había dos almohadas cubiertas con terciopelo oscuro. Sobre la almohada superior había una calavera de sonrisa burlona; en el ataúd había una gruesa toga de color caqui, parecida a un hábito de fraile, y por las mangas asomaban los huesos que alguna vez habían sido brazos. Las ropas de la mortaja y los lados de las andas estaban salpicadas con gotas de cera de velas. Cuando me incliné sobre el ataúd, una niña se acercó y meneó la calavera de un lado a otro haciendo un efecto espantoso, ya que parecía un gesto de asentimiento. Ella miró para mí y se sonrió. He aquí todo el espanto de la muerte sin su gloriosa esperanza y promesa; un

espectáculo que producía sobrecogimiento e intimidación, a pesar de que aquella pequeña niña parecía no sentirse afectada por el lúgubre recuerdo de su propio final. Cerca de mí había una puerta por la que se adentraba un rayo de sol y caminé hacia el aire libre y fresco, y escuché la canción de otra pequeña muchacha que cuidaba a un niño. Era una de las niñas más guapas que he visto en Galicia, y cantaba una canción que me dijeron que era una apremiante plegaria a su amado para que cruzase los mares y volviese con ella.

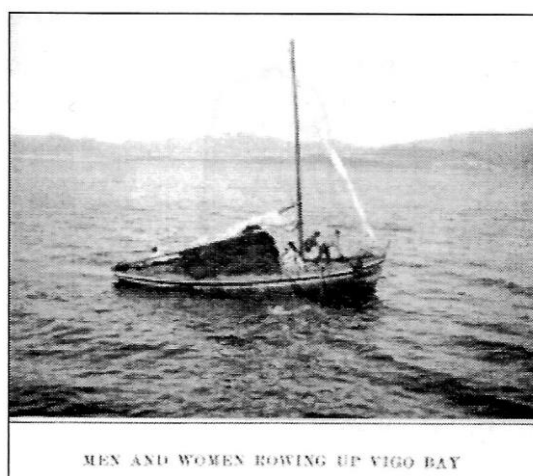
La mayoría de los hombres de Cangas trabajan en la pesca de la sardina y, tanto en la playa como fondeadas, estaban muchas de sus magníficas embarcaciones, que eran manejadas con dieciséis, dieciocho o veinte remos, y que podían ser impulsadas con gran rapidez.

Algunas veces los pescadores hacían contratos para vender sus capturas, cualesquiera que estas fueran, a un determinado precio, en cuyo caso se aseguraban un rendimiento por su trabajo; otras veces disponían del pescado de la forma más común, a precios de mercado.

En la orilla norte de la ría de Vigo, al igual que en la sur, existen fábricas en las que se preparan las sardinas y otros pescados y se envasan para el consumo doméstico y el exterior.



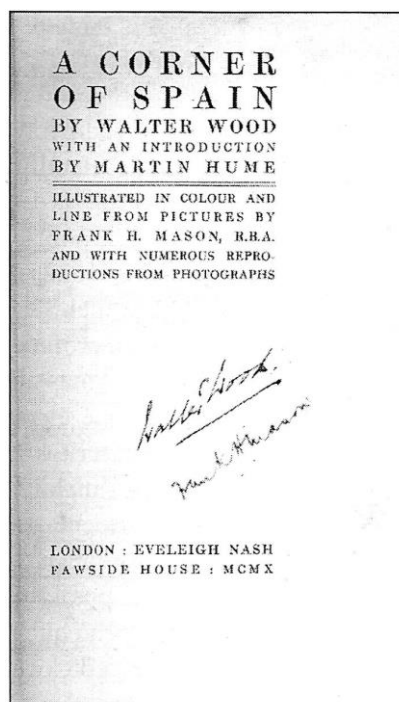
■ Casitas de pescadores en Cangas.



■ Hombres y mujeres remando en la Ría de Vigo.



■ Una muchacha de Cangas.



■ Portada del libro.

(Publicado en "Venerable Hermandad de la Stma. Virgen de los Dolores y la Soledad". Cangas, abril de 2003)